La melodía mas bella jamas escrita

LAUREANO RAMIREZ

Image not found.

Capítulo 1

LA MELODÍA MÁS BELLA JAMÁS ESCRITA

Llevaba meses enfrascado en su música. Tenía que escribir la canción más bella que nadie jamás hubiera compuesto. Era un mandato casi divino y él debía obedecerlo sin condición alguna. Su juventud y escasa experiencia le limitaban a la hora de sacar a la luz sus sentimientos y expresarlos con su arte. Su poesía no se acercaba ni de lejos a algo digno de cumplir aquel cometido; su escasa pericia musical era insuficiente para hilvanar las notas que debían hacer justicia a su finalidad. Así, con la angustiada sensación que produce el desamparo, comenzó a derrumbarse en la soledad de su habitación. Sentado en la cama, con la cabeza entre las manos, se sentía inútil, impotente, insignificante.

La guitarra, ajada de tanto usarla, yacía en el suelo, como si fuera algo que hubiera sido desechado por inútil. Se dirigió a ella con la fé de quien le reza a una escultura que representa a su Dios. Con la voz ahogada por la tristeza, le dijo:

Ayúdame tú, por favor! – Esa guitarra había sido su única compañera desde hacía años. En ella esperaba encontrar una forma de expresar lo que le compungía el alma.

- ¡Muéstrame los secretos que atesoras en tus cuerdas, en las formas curvas de tu caja de resonancia, en tus trastes!... ¡por favor, ayúdame!- siguió suplicándole con la razón perdida, en un estado rayano con la locura.

Gimió en un llanto velado. El silencio era ya una tortura para él. Ansiaba poder escuchar alguna melodía sacada de su inspiración, poder oír palabras rimadas en hermosos poemas. Pero nada surgía de sus cavilaciones, salvo una sensación cada vez más opresiva de desamparo y soledad.

Se tumbó sobre la cama y cayó en un profundo sueño. Al poco, despertó sobresaltado. Cogió la guitarra, la afinó y puso sus dedos sobre el mástil. Una preciosa melodía surgió de repente. Las notas brotaban solas, rompiendo el sepulcral silencio que envolvía el habitáculo. Cada sonido pedía a gritos el siguiente. Compuso una estrofa, luego otra. Se pellizcó para asegurarse que no soñaba. Se miró al espejo para verse y aquella visión le sobresaltó: ante él, reflejada en el espejo, podía contemplar la imagen de un ser escuálido y moribundo. Pero entonces observó que su guitarra resplandecía con una luminiscencia que parecía surgir de su interior. Siguió tocando aquella música divina, que cada vez le parecía más y más bella. Reparó entonces en que sus brazos carecían de carne, de músculos: eran largos huesos cubiertos de una piel oscura y

acartonada. Siguió no obstante interpretando aquella música que parecía surgir de manos angelicales. De repente reparó en sus dedos: no había nada más que piel y hueso. Miró sus piernas y eran las de un esqueleto momificado. Se palpó el rostro y aunque su sentido del tacto estaba embotado, supo que era igual que el resto de su cuerpo: hueso y piel reseca. Pero continuó febrilmente tocando aquella música y cada compás le resultaba más y más cercano a la hermosura perfecta, a una auténtica obra divina.

Había perdido la noción del tiempo, ya nada le unía a la existencia mundana; así pasaron las horas que para él carecían de sentido alguno.

Llamaron a la puerta de su cuarto. Era la madre, angustiadísima porque su hijo llevaba días sin salir de allí, aunque eso no era anormal ultimamente. Pero, al no obtener respuesta, abrió la puerta y un espectáculo horrible, tanto que ella no pudo evitar gritar de pánico cuando lo contempló apareció ante sus ojos. Allí no estaba ya su hijo, sino un esqueleto, de piel oscura semejante a la de una momia era lo más parecido a un ser humano que pudo contemplar.

En el suelo, junto a la cama, una guitarra emanaba una luz estelar y resplandeciente. Pero envuelta por el horror que le producía aquella escena, rompiendo el silencio, como acompañamiento a la tragedia que se presentaba ante sus ojos, sonó una preciosa melodía. Observó entonces cómo la guitarra estaba sonando: las cuerdas vibraban sin que mano alguna las tocara, en los trastes, se pulsaban, aplastadas por una fuerza invisible y en su confusión, en su alma oprimida por tan horrible visión, escuchó cómo una voz angelical, que parecía mimetizada con su presencia, que parecía surgir de la nada, marcaba las notas de un hermoso réquiem...